



ARTÍCULO PARA PADRES 119

Regalos incomprables en el Día del Niño

Si partimos de la base de que es imposible evitar el sufrimiento, podríamos enfocarnos en cómo atemperarlo, para garantizarles algo fundamental: que vivan como niños mientras lo son, y que los momentos felices abunden.

El Día del Niño “inunda” agosto. La ciudad y los medios de comunicación vuelcan la oferta para el pequeño consumidor. Ellos piden, demandan, y los padres hacen lo que pueden, a sabiendas de que los niños siempre querrán más.

Sin embargo, cuando se interroga a un padre o a una madre qué quieren para su hijo, la respuesta más frecuente es: “Que sea feliz”. Expresión casi siempre ligada a: “Me cuesta decirle que no; ya la vida lo va a frustrar”. Frente a este deseo parental legítimo, es lícito preguntarse: ¿es posible la infancia feliz? ¿Puede sostenerse la imagen de un niño casi angelical, sonriente, sin conflictos, sin sufrimientos, sin miedos?

En realidad, la felicidad no viene adosada a ninguna etapa de la vida. Por eso, la infancia feliz es un mito, un deseo.

No es fácil ser niño. Nunca lo fue. Los niños no tienen ningún poder de decisión y los adultos eligen por ellos. Si fuera por ellos, ¿irían a una guardería temprana? ¿Tendrían un hermano?

Otras preguntas posibles son: ¿se mudarían de casa? ¿Se enfermarían? ¿Escucharían discusiones? ¿Elegirían padres tristes, violentos o ausentes? De bebés, ¿elegirían comer con las pantallas o con un rostro amoroso?

¿Los niños reciben felices el límite de los padres que les dicen “no” a sus pedidos?

Es imposible evitarles el sufrimiento que, por cierto, es necesario para distinguir realidad de fantasía. Los niños, regidos por el principio del placer, quieren tenerlo todo y, en lo posible, sin esperas.

Los padres, desde el principio de realidad y de la mano del amor, irán limitando espacios, tiempos, demandas, caprichos. Porque el que ama da y priva.

Algunos especialistas dicen que la infancia está en peligro de extinción, jaqueada por el consumismo y el endiosamiento de la adolescencia, que los hace crecer apurados y saltar etapas.

La hiperinformación que rodea a los niños atraviesa sus vidas, sin filtrar el mundo adulto y haciendo caer las barreras necesarias entre grandes y chicos, entre lo público y lo privado. Los niños responden haciendo síntomas en el cuerpo, en la conducta o en el aprendizaje, lo cual perturba y preocupa a padres y docentes, que deberían poder preguntarse: “¿Por qué sufren los niños?”. Hay tantas respuestas a esa pregunta como niños hay en el mundo. Si partimos de la base de que es imposible evitar el sufrimiento, podríamos enfocarnos en cómo atemperarlo, para garantizarles algo fundamental: que vivan como niños mientras lo son, y que los momentos felices abunden.

Podemos mostrarles el mundo de a poco, protegerlos de las temáticas adultas que los atraviesan y que sus psiquismos no pueden aún procesar. Podemos procurar asegurarles la dosis necesaria de juego con otros y el contacto con la naturaleza.



También podemos dosificarles la tecnología, de modo que la imagen no aplaste la palabra y que no se aislen en un juego solitario en el que el encuentro humano se complica. Podemos ayudarlos a soportar el aburrimiento, incitándolos a buscar recursos en su inteligencia y en su posibilidad de creación, para que se produzca allí algo de su autoría. Podemos fortalecer su autoestima, descubriendo sus talentos y posibilitando el camino para desarrollarlos.

Podemos acompañar sus aprendizajes dentro de una verdadera alianza familia-escuela, sin desprestigiar la institución que elegimos para su educación y sin teñir el espacio de aprendizaje con castigos y amenazas

Los niños necesitan padres convencidos de que la educación es tarea de ellos y de que el mejor trabajo que pueden hacer para tener hijos sanos y que vivan la vida con los menores riesgos posibles es amarlos, limitarlos y asegurar el canal de diálogo para que ellos confíen que serán escuchados en sus sentires y decires.

En el Día del Niño –y todos los días– pensemos que los hijos se construyen y que, si en lo social hay disvalores, tendremos que batallar cotidianamente contra ellos. Tenemos las armas: amor, límites, juego, palabra, mirada. Son regalos incomprables, pero están ahí, al alcance del amor que, por suerte, no cotiza en Bolsa.

Por Liliana González

14 de agosto de 2018

http://www.lavoz.com.ar/ciudadanos/regalos-incomprables-en-dia-del-nino?utm_campaign=SocialShare&utm_source=whatsapp